

NÉSTOR

EL HOMBRE QUE CAMBIO TODO

JORGE «TOPO» DEVOTO



Néstor

El hombre que cambió todo

Jorge «Topo» Devoto

A Néstor, siempre.

A Camila y Federico.

Y a todos los compañeros de militancia de mis años de juventud que ya no están y me ayudaron a construirme en este camino de vida.

JORGE «TOPO» DEVOTO

– ¿Vos sos Néstor?

– Y vos sos el Topo.

«Sentate», me dijo, y me explicó sus planes mientras viajábamos en el avión que nos trasladaba desde Buenos Aires a Río Gallegos.

Era 1987, y me habían pedido que viajara a ayudar a «un compañero que quiere ser intendente» en el sur. Trabajar con un candidato al que yo no conocía no me entusiasmaba. Pero la casualidad quiso que nos encontráramos en esa estrecha fila de asientos, y un par de horas después, cuando el avión tocó tierra, yo ya estaba convencido de seguirlo a donde fuera. De la misma manera, aquel flaco un poco desgarrado, sencillo y directo, pronto convenció golpeando la puerta de cada casa al pueblo de Río Gallegos de que lo consagrara intendente. Años después, ya transformado en gobernador de Santa Cruz, muchas veces lo acompañé en la recorrida permanente por el territorio provincial, que conocía como el interior de su casa. Paramos a cargar nafta y estirar las piernas en la YPF, y proseguir con la conversación recurrente, esa que para los militantes nunca termina: ¿es posible cambiar la realidad del país? Su respuesta era invariable: sin el poder ejecutivo nacional es imposible pensar cambios. Se necesita un plan, y una cantidad de tiempo mínimo para su aplicación.

«Un período de gobierno no alcanza para nada. Una vez que entrás a la Casa Rosada, perdés un montón de tiempo hasta que entendés cómo funciona todo, quién es quién, y cómo hacer para pedir el café y que te lo traigan

caliente. Después comenzás a organizar algunas pocas cosas que pueden transformar en serio la realidad. Pero el tiempo vuela. Cuando te querés acordar, faltan seis meses para que termine el mandato, y el café te lo tenés que servir vos, porque estás de salida y ya ni en la cocina te atienden. Así no se puede. Para cambiar las estructuras sociales se necesitan veinte años de un plan continuo, cuatro o cinco mandatos, y eso son por lo menos dos presidentes diferentes. Tenés que gobernar, ser reemplazado, y volver después».

Esas primeras conversaciones me dejaban impactado. Sentía que muchos sueños truncos que nos habían arrebatado los militares y las políticas neoliberales podían dejar de ser una utopía lejana para transformarse en una nueva primavera para todos.

Néstor decidió saludar al país un 25 de mayo del 2003, irrumpiendo en el ámbito político argentino con un discurso que dejó a unos cuantos boquiabiertos: «Vengo a proponerles un sueño», fue casi una declaración de amor, y al mismo tiempo, una estrategia para volver a meter en la senda virtuosa a una sociedad que ya no creía en el regreso de la voluntad popular al poder ejecutivo.

También sería una oportunidad para restaurar heridas del pasado: se declaró perteneciente a una generación diezmada, la de los 60 y 70, que puso el cuerpo y el alma en un proyecto truncado por el genocidio, y reivindicó su rol transformador.

Buena parte de aquellos militantes y dirigentes, a pesar de haber sobrevivido a la persecución, ya no estaban con nosotros. Néstor fue de los osados que se atrevieron a transgredir. En el pasado, con su pelo largo, su desfachatez y su entrega en el ámbito de la militancia en La Plata. Años

después, le bastó con traer al presente las mismas convicciones que, como dijo ese primer día, no iba a dejar «en la puerta de la Casa Rosada». Y cumplió, desde la primera semana de gobierno, cuando personalmente viajó a Entre Ríos a convencer a los docentes de reanudar el ciclo escolar o en cualquiera de las siguientes etapas en las que le tocó hacerse cargo de los errores del pasado –el *default* heredado de los gobiernos neoliberales, la negociación con concesionarios energéticos, el no al ALCA o los juicios por «Memoria, Verdad y Justicia»–, Néstor trabajó sin descanso. Decía siempre que no había tiempo para eso. Tengo presente en mi memoria su rutina de trabajo desde hora temprana en Casa de Gobierno, y la extensa jornada nocturna en Olivos. Ningún secretario, durante su gestión, conoció las vacaciones.

Así tomó la vida, a todo o nada. Honrando el compromiso que el pueblo le otorgó. Así lo entendieron sus detractores, también, los poderosos que desde el primer momento cuestionaron su afán por renovar las estructuras del país. Al igual que Raúl Alfonsín antes, y Cristina Fernández después, Néstor Kirchner demostró que un gobierno que no se inclina ante el «círculo rojo» de los que se consideran dueños del país, es atacado en una guerra económica, política y mediática sin cuartel. Solo los que cuentan con el suficiente coraje y sostienen el compromiso con el pueblo, nos demuestran que no importa la edad. A los 20, a los 50 o a los 80, para darlo todo, hay que estar consustanciado con la necesidad de transformación de la Argentina.

No puedo evitar recordarlo en su función de estadista. Lo fue, a cada minuto. Pero al mismo tiempo, sin importar lo trascendente del momento, podía descolgarse con un chiste o una ocurrencia.

Aprovechaba los pequeños momentos para sonreír. Una tarde, luego de hablar en un acto de promoción del turismo, con el salón lleno de representantes de agencias y compañías aéreas, al terminar su discurso y bajar del escenario, me tomó del brazo arrastrándome con él hacia la salida. Mientras saludaba con la mano a los asistentes, me decía, en voz baja: «Acompañame a la oficina, que si te ven conmigo, cuando vuelvas al salón, seguro ligás un pasaje gratis».

No importaba la hora o el día, en cualquier momento podía sonar el teléfono. Por ejemplo, en época de elecciones, después de un acto, era invariable la pregunta: –¿Cómo estuvo? ¿Mucha gente?

–Sí, estaba lleno.

–Decime la verdad, para eso estás.

Siempre frontal. Habíamos jugado una apuesta al iniciarse la campaña presidencial del 2003. Yo insistía en que la victoria estaba lejana. Sería 2007. Néstor porfiaba que sería en el 2003. «Es ahora», me decía. El día de la asunción, cuando se bajó del auto, unos metros antes de ingresar a la explanada, muchos estábamos esperando. Fundido en los abrazos, de pronto me vio, yo no podía más de la emoción. Se acercó, me abrazó, me sacudió las lágrimas, y me dijo en la oreja: «¿Viste que te dije? Este es nuestro tiempo».

Hoy no lo tengo cerca, y como todo argentino de buen corazón, lo extraño. En el 2010, un nutrido grupo de compañeros compartimos una cena para festejar el primer aniversario de la AUH. Néstor era el de siempre, conversamos sobre proyectos, sobre la patria y el porvenir. Horas después, un llamado de un amigo en común me comunicaba que había partido. Como suele suceder, la sorpresa que

me provocó la noticia tardó mucho en disiparse. Aún hoy, una década después, sigo recogiendo testimonios de esa condición de militante que marcó su paso por este mundo. Algunos de ellos integran este volumen.

Desde que lo acompañé en su campaña a intendente, luego a gobernador y posteriormente a presidente, tuve el privilegio de ser testigo de una parte de la vida de un tipo que lo cambió todo. Que cambió la manera de encarar la política cuando parecía que ya no habría nada nuevo, gané un amigo de esos que dejan una huella tan importante que aunque no estén físicamente, forman parte de tu historia para siempre, y por sobre todas las cosas, encontré un compañero que enalteció nuestra tarea militante y honró la vida de muchos que ya no estaban. Néstor Kirchner es para mí todo eso: el compromiso, los ideales, la esperanza, la chispa que enciende una luz que signa el rumbo por el cual seguir. Un maestro al que se lo escucha pero del que se aprende más por ver su accionar.

Haber militado en los años más duros de la historia de nuestro país, ver la muerte injusta de jóvenes compañeros de cerca y conocer el dolor del exilio, hace creer que uno ya no se sorprendería por nada, que ya está todo dicho y no queda mucho más por hacer.

Néstor Kirchner sacudió toda esa pereza, ese dolor y esa frustración con los que nos golpearon los genocidas. Nos devolvió las ganas y la confianza de que la militancia es una manera de caminar esta vida que uno elige, y que una vez que la encaraste, no hay vuelta atrás. El compromiso con nuestros ideales se persigue y se milita hasta el último aliento.

He colaborado en homenajes múltiples desde su partida. Un libro, un documental, una campaña colaborativa

por todo el país, una muestra en el CCK (que el macrismo decidió desmontar y borrar).

Hoy nuevamente me encuentro encarando este nuevo libro. Una celebración coral, porque creo fervientemente que Néstor nos pertenece un poco a todos y que es de manera colectiva la mejor manera de honrarlo. He convocado a algunas personas para que me acompañen y le den voz a su recuerdo. Pero quiero que quede claro que no somos nosotros los únicos que podemos contar la vida de este grande. La vida de Néstor la cuenta el pueblo, la cantan las gargantas de esos pibes que entonan su nombre, la ilustran los brazos tatuados de quienes encontraron un líder, la escriben las paredes donde florecen murales con sus frases más célebres.

De su despedida en Río Gallegos, me queda un último recuerdo imborrable: cuando centenares de trabajadores mineros se hicieron presentes y pidieron que se les permitiera a ellos trasladar a pulso los restos de Néstor, para situarlo en el mausoleo donde descansaría, luego de una vida de lucha.

Lo de la despedida, claro, es una forma de decir, pues, como suelen decir los pibes, Néstor no se murió. Sigue vivo en nuestros corazones. Este es un homenaje más porque la celebración de su vida es inagotable. Es mucho, diría que eterno lo que se le debe agradecer a un hombre que lo cambió todo.

Gracias, Flaco, acá seguimos de pie tratando de cumplir con tu legado.

ALBERTO FERNÁNDEZ

Presidente de la Nación.

Historias de Néstor Kirchner, mi Presidente «Kirchner te quiere conocer», me dijo Eduardo Valdés.

Era un día de invierno de 1996 y yo había publicado un artículo en *Clarín* que giraba en torno a la idea de que «la palabra desregular no existía». Empezaba señalando que al escribir esa palabra en la computadora, el Word (toda una novedad de Microsoft para la época) la subrayaba con una suerte de «viborita» roja que la señalaba como mal escrita. Ese error se marcaba, sencillamente, porque esa palabra no se reconocía en el idioma español. Ninguna sociedad vive sin regulaciones y «desregular» quería decir tanto como quitar las reglas. A partir de esa idea, el artículo criticaba las políticas que habían desregulado los mercados y planteaba la necesidad de que siempre existieran normativas capaces de proteger a los más débiles.

En ese entonces, yo era vicepresidente ejecutivo del Grupo Banco Provincia. Néstor había leído el artículo y expresó su deseo de conocerme. Entonces, Eduardo Valdés organizó una cena que se concretó en el restaurante Teatritz, que con el tiempo se convertiría en nuestro lugar de encuentro.

Esa primera reunión puso en evidencia nuestras muchas coincidencias. Sentí que Néstor era el político que yo buscaba y él sintió que yo podía ayudarlo. Hablamos de todos los temas hasta la una y media de la mañana. Él era crítico de las políticas excluyentes del menemismo.

Desde ese día, de allí en más, cada vez que viajaba a Buenos Aires siempre me llamaba para almorzar, cenar o tan solo para compartir un café y una charla.

Al poco tiempo de conocernos llegó la campaña presidencial de Duhalde para las elecciones de 1999. Los dos estábamos convencidos de la necesidad de acompañarlo. En los hechos, Néstor fue el único gobernador que explícitamente lo apoyó. Al mismo tiempo, Duhalde estaba preocupado por la cantidad de peronistas que dejaban nuestro espacio corriendo detrás de Chacho Álvarez. Entonces nos citó a una reunión a Julio Bárbaro, Alberto Iribarne, Jorge Argüello y a mí. Nos planteó ese problema. Me miró y me dijo: «Vos que sos amigo de todos los progres que tiene el peronismo, por qué no me ayudás a armar un grupo».

Así empezó a formarse el grupo que se reunía en el Banco Provincia y que después se convirtió en el Grupo Calafate. En un inicio sumamos a Norberto Ivancich, Miguel Talento e Ignacio Chojo Ortiz. Después el grupo fue creciendo. Entonces llegaron Mario Cámpora, Elvio Vitali y algunos otros. Los medios empezaban a decir que había una nueva usina de pensamiento, un poco parecido a lo que después fue el Grupo Callao, con más volumen en aquel momento.

Un día Néstor me dice: «Che, ¿por qué no la metés a la flaca en ese grupo?». Claro que las relaciones entre Cristina y Eduardo Duhalde no eran la armonía perfecta. Así que decidí informárselo a Duhalde como un hecho consumado.

El grupo almorzaba en el comedor del Grupo Banco Provincia.

Cristina se sumó y estábamos discutiendo dónde y cómo realizar el primer encuentro. Yo proponía, como des-

pués lo hice con el Grupo Callao, que fuera cerrado, de reflexión, que no fuese fácil acceder, y quería que el primer encuentro fuera en un lugar alejado. Mi idea era que los periodistas pudieran estar presentes y escuchar los debates, pero que nosotros no hiciéramos declaraciones ni diéramos entrevistas. Cristina propuso hacer la primera reunión en Calafate.

En ese momento, ninguno de nosotros sabía qué era Calafate. Pero nos convenció.

Cuando la reunión se concretó, éramos poco más de veinte personas. Se sumaron «el Bebe» Righi, Carlos Kunkel, Ana Jaramillo y Mari Feijoo, entre otros.

La segunda reunión del grupo fue en Tanti, Córdoba, y ahí se produjo una tensión entre Néstor y Eduardo. Porque el encuentro lo cerraba Duhalde, que llegó acompañado por «el Chiche» Aráoz, su jefe de campaña. Eso le molestó mucho a Néstor. La reunión era en una mesa cuadrada grande, yo estaba al lado de Duhalde, lo presenté y cuando empezó a hablar, Néstor se levantó y se fue.

Todos los periodistas vieron la escena.

Con disimulo dejé mi lugar y me fui detrás de Néstor, que estaba furioso. Traté de calmarlo teniendo en cuenta que estábamos terminando una campaña que pronosticaba una derrota segura. Nos fuimos a caminar y lo convencí de que volviera antes de que terminara de hablar Duhalde. Al final, se sacaron una foto juntos.

Las características de esa relación obviamente fueron muy importantes años después, en la definición de la candidatura a presidente de Néstor. En el 2000, cuando había ganado la Alianza y había tanta expectativa, nosotros pensamos que era posible que ellos reeligieran. Por lo tanto,

trabajamos con el objetivo de que Néstor fuera candidato en el 2007.

Un día me llama y me dice que viene al día siguiente a Buenos Aires, que quería hablar conmigo. Nos encontramos en un bar en la plaza Vicente López, que se llamaba Ópera Prima. La dueña del bar era la hija de un exmilitante montonero, Juan Añón. Íbamos siempre ahí, tenía libros y era un bar literario. Me acuerdo de que allí, Néstor volvió a repetirme algo que ya me había dicho mientras caminábamos en Tanti: «Nosotros tenemos que dejar de ser el ala progresista de un partido conservador». Así hablaba del peronismo.

Y agregó: «Creo que ahora tenemos que empezar a ser nosotros mismos, tenemos que lanzarnos ya a construir nuestra fuerza. Al primero que se lo digo es a vos, porque no hay nadie más en Buenos Aires que me ayude. Si vos me decís que no, no puedo hacer nada».

Yo ya había sido electo legislador porteño y recuerdo que le dije: «Bueno, quedate tranquilo, hay un legislador kirchnerista en Buenos Aires». Y le comenté que le iba a avisar a Duhalde. Esa misma tarde fui a verlo a unas oficinas que tenía arriba del Café Tortoni. Le conté la conversación y le dije: «Quiero serle franco, a partir de este momento voy a trabajar con Néstor». Nos habíamos fijado dos propósitos: queríamos ser parte de la discusión del 2003 y que Néstor fuera candidato en el 2007. Duhalde me dispensó una mirada incrédula, como si Néstor y yo fuéramos dos quijotes que no entendían nada. Así, como queriendo salir rápidamente de la escena, me dijo: «Sí, metele». Me di cuenta de que me trataba como si fuera un delirante, pero sentí que me sacaba un peso de encima, porque yo le había dicho lo que tenía que decirle.

La candidatura

Cuando empezábamos a trabajar con Néstor, todo se precipitó.

Se agudizó la crisis, la renuncia de De la Rúa, la semana de los cinco presidentes. Asumió Rodríguez Saá con el compromiso de llamar a elecciones en noventa días. Y ahí decidimos con Néstor que él debía ser candidato. Pero no se animaba a decirlo, porque éramos muy débiles. En ese momento, Rodríguez Saá le propuso ser el jefe de Gabinete y Néstor tenía que ir a la Casa Rosada.

Entonces lo acompaño hasta la Plaza de Mayo y le digo: «Es muy importante que tengamos presente que cuando salgas, los periodistas te van a preguntar qué hablaste con Rodríguez Saá».

Me dice que no iba a comentar nada de la oferta y que diría que habían hablado del futuro de la Argentina. Entonces le digo que después lo iban a interpelar sobre si en las próximas elecciones iba a ser candidato. Como tantas veces, tuvimos una discusión, él pensaba que no se lo iban a preguntar. A mí me parecía importante que cuando se lo consultaran, Néstor anunciara claramente su candidatura.

Me dijo que lo esperara en el café que está en diagonal al Cabildo, y se fue a verlo a Rodríguez Saá. Al terminar su reunión, los medios lo abordaron para hacerle un reportaje. En la segunda pregunta ocurrió lo esperado: «¿Usted va a ser candidato a presidente?», indagó el periodista.

Néstor tragó saliva y dijo lacónicamente: «Sí, yo voy a ser candidato». Al rato, llega al bar, me da una palmada en la espalda y dice: «¿Me viste?». Y justo en ese momento la placa roja de Crónica anunciaba: «Kirchner será candida-

to a presidente». Yo lo miré y le dije: «Muy bien, ahora sí podemos empezar a construir». Y me respondió: «Vamos a comer con la flaca, vamos a comer con la flaca».

Cuando llegamos, Cristina nos recibió de mal talante. Le dijo a Néstor que del ridículo no se volvía, en clara alusión al lanzamiento de su candidatura. A mí me responsabilizó porque le iba a hacer perder a Néstor la provincia y por haberlo metido en ese berenjenal.

La señora que trabajaba en la casa había preparado milanesas con papas fritas. Cristina se levantó y nos dejó comiendo solos. Y allí quedamos, como dos pibes almorzando en penitencia.

Ahí empezamos. Asumió Duhalde. Al poco tiempo le ofreció ser jefe de Gabinete; yo quería que aceptara, porque estaba pensando en la elección y a Néstor no lo conocía nadie. Tenía un 23 % de conocimiento en todo el país. Cristina me decía que estaba loco, que era sacrificarlo, que iba a ser su final político. A la noche, Néstor me dijo que iba a decir que sí. Cuando se levantó, había decidido decir que no.

Las muertes de Kosteki y Santillán llevaron a Duhalde a adelantar el llamado a elecciones. Ahí empezamos a movernos y a hacer campaña. Logramos instalarnos y crecer un poco. Cuando se acerca el momento de definir cómo enfrentar la elección, Néstor estaba muy enfrentado con Eduardo. El gobierno había puesto retenciones a la exportación de petróleo y obviamente eso afectaba los ingresos fiscales de Santa Cruz. Con lo cual Néstor criticaba a Duhalde por las retenciones, mientras Duhalde lo acusaba de ser lobbista de Repsol. Estaba todo mal.

Mandé a hacer una serie de encuestas. Todas me indicaban que nosotros teníamos entre 9 y 12 puntos. Me-

nem tenía 25, Carrió alrededor de 16, Rodríguez Saá tenía 13 o 14 puntos. Lo llamé a Néstor y le dije que necesitaba dos horas en la Casa de Santa Cruz, y que nadie nos interrumpiera. La reunión se concretó y duró una tarde entera. Le mostré todos los datos. Yo le decía que la única solución era que nos uniéramos a alguien. Obviamente, Menem o López Murphy estaban descartados. Nos quedaban Rodríguez Saá y Carrió. Pero las encuestas mostraban que si nos uníamos al puntano, solo funcionaría si Néstor era el candidato a presidente.

Porque si era Rodríguez Saá, todos nuestros votos se irían con Carrió, que representaba un voto progresista en aquel momento.

Entonces, Néstor me dice que la única opción era hablar con Carrió.

Ante tal planteo decidí mostrarle una carta que hasta entonces me había reservado. Recurrí a una encuesta de Analía del Franco que tenía un dato importante. El 26 % de los bonaerenses votaría a Duhalde si fuera candidato. Si el dato era correcto, teníamos que hacer un acuerdo con el entonces presidente para que ese 26 % lo votara a Néstor. Él no quería, decía que con Duhalde no se podía hablar. Yo le decía que si nos aliábamos con Carrió, nos íbamos a pelear a los diez minutos, y además estaba seguro de que no aceptaría. Entonces me dijo: «Probá lo de Carrió y solo si eso no sale, fijate lo de Duhalde, pero me tenés informado todo el tiempo».

Entonces lo llamé a Balito Romá y le expliqué. Me respondió en el momento que una alianza con Carrió era imposible. Le respondí:

«Vos solo consultalo y mañana decime que no, es todo lo que necesito». Yo rogaba que me dijeran que no. Y